

SOY UN TORO

Candela del Carmen Villa Sanabria

Soy un toro, me llamo Maravillas y tengo miedo. La mano que me da de comer me ha separado de mi manada, me ha metido en las entrañas de un camión y me ha descargado en un oscuro y sucio habitáculo al que llaman toril.

Soy un toro y tengo miedo. Un manto de negrura va cubriendo la noche, y yo, que me siento solo y perdido, agazapado en su sombra me ovillo y dormito sin más compañía que los recuerdos y la añoranza; una uña de luna se cuelga por las rendijas, y yo, ajeno a la suerte que me espera, me abandono a un sueño que sueña con el despertar de esta pesadilla.

Soy un toro y tengo miedo. El silencio y la quietud de la noche abren los brazos a un cálido sol de septiembre que acaricia y calienta mi cuerpo, al otro lado de la puerta la aurora se despereza con un cielo tan azul que pareciera recién lavado.

Soy un toro y tengo miedo. El eco de un vocerío seguido de un chirriar de cerrojos rompe la siesta; una vara me hostiga a abandonar el rincón que me cobija y me obliga a salir a un mundo nuevo y redondo que mi olfato no reconoce y al que miro con los ojos de la primera vez.

Soy un toro y tengo miedo. No sé lo que se espera de mí y corro por el redondel como si no hubiera un mañana. El trote lento de un caballo con jinete reclama mi atención y acudo a su llamada. Un objeto punzante se clava en mi costado, la sangre fluye a borbotones, y yo, aturdido por el dolor, cierro los ojos, me alejo, intento ponerme a salvo.

La multitud aplaude, grita y jalea a una figura que parece emerger de la nada y sale a mi encuentro con el paso de los danzarines y la tranquilidad del que se sabe ganador; en sus manos, unos palitroques con fina punta de acero no auguran nada bueno. Me clava dos, cuatro, seis, y mi cuerpo agujereado se tambalea sin rumbo. La turba enardecida vitorea a mi torturador, y él, con la satisfacción del trabajo bien hecho, se prepara para asestar el toque de gracia.

Un redoble de tambores anuncia el último acto de la faena, y un silencio sepulcral enmudece la tarde. En el centro del redondel, mi justiciero, espada en mano, se abalanza sobre mí y atraviesa mi ya maltratado cuerpo. Una jauría de pañuelos blancos aclama a mi verdugo y reclama la mutilación de mi cuerpo para ofrecérselo como trofeo, un caño de sangre tiñe de rojo la arena, el último suspiro me arrastra pesadamente a un pozo negro y sin fondo.

Soy un toro, me llamo Maravillas, y ya, sin miedo, habito en el país de los muertos. He sido vejado, torturado y asesinado en nombre del «arte» y la mal llamada «fiesta nacional», con el beneplácito de los que la sustentan.

Toro moribundo (Picasso, 1934)

